

LETRAS

Letrillas

LETRONES

CARTA DESDE HARVARD

LO MISMO Y LO DIFERENTE

Asegura Plutarco que Alejandro de Macedonia reconocía con disgusto que “el sueño y el acto de generación me revelan siempre que soy humano”. Es decir, me muestran que soy como todos, uno más del montón, un fulano de tal, cosa que no debió de gustarle al Magno por excelencia. Pero no sólo el dormir y el apareamiento emparejan a los humanos. La verdad es que los humanos siempre actúan igual, o hacen lo mismo, aunque los hechos que se realizan nunca se repiten (Voltaire). O como afirmó malhumorado Schopenhauer: “Basta leer un capítulo de Tácito para abarcar toda la historia universal.”

Dados estos antecedentes no tiene nada de raro que piratas anden de nuevo navegando a toda vela, no por la Tortuga, Barbados o Maracaibo, sino en una geografía más opaca, pero igualmente desesperada, supongo, allá por el Cuerno de África.

Donde hay barcos hay y habrá piratas. Ya el Gran Pompeyo (así lo llamaban) limpió de piratas el Mediterráneo; y al muy joven Julio César los piratas que lo secuestraron le dieron oportunidad de entrenarse en pronunciar frases célebres y desenvolver acciones asombrosas. Pero bien pensado, ¿qué son Julio César o Pompeyo frente a Sandokan o los corsarios Negro, Rojo o Verde? Y son inolvidables tres películas, dos con Errol Flynn,

una con Tyrone Power, las tres basadas en novelas de un cumplido novelista, hoy olvidado, Rafael Sabatini, *El Capitán Sangre*, *El Halcón de los Mares* (que era un barco, predador, como su nombre lo indica) y *El Cisne Negro* (nombre de otro barco). Las películas de Flynn nos enseñaron el juego “Remen, remen, perros ingleses”, que incluía azotes a los galeotes (que, claro, siempre escapaban, el juego consistía en discutir cómo escapaban). No me olvido de que Rafael Bernal, creador del inmortal Filiberto García, tiene un libro de piratas titulado *El mar a sangre y fuego*.

Y tan plácida memoria de la pólvora y el abordaje imaginarios viene hoy a perturbarse con la menesterosa realidad de piratas en lanchas de motor fuera de borda y metralletas. Pero la misma mirada ansiosa y los dientes apretados a la hora del abordaje, suponemos.

A los piratas de hoy no les gusta que los llamen piratas, prefieren que los llamen, curiosamente, guardacostas. Es gente muy joven (parece), en la de mayor incuria, la más pobre y desamparada de la tierra, naturales paupérrimos de un país colapsado. Y por más que hago, me apresuro a confesarlo, no logro tomar partido por las riquísimas compañías navieras que ellos asaltan y esquilman sino por estos criminales, como se insiste en llamarlos, como llamaba a Sandokan y a los suyos la gente de razón (y cuenta de banco).

De cualquier manera, su proliferación prueba una vez más que los ejércitos poderosos armados hasta los dientes con la más moderna tecnología de guerra parecen ser impotentes ante lo peque-

ño, rústico, atrasado, las cerbatanas en la selva, digamos, o las lanchas ligeras y rápidas como caballos de carreras en la inmensidad del mar.

El asunto dio comienzo con un asesinato en un hotel. El asunto fue escandaloso porque no se trataba de un hotelito sórdido de paso donde desgobierno y delito son corrientes, sino de un hotel Marriott más o menos caro. ¿Cómo, ya los hoteles de Boston no son seguros? Recordemos que los asesinatos son muy raros en la apacible y urbana Nueva Inglaterra, donde saludas hasta al desconocido con que te cruzas en la mañana.

La policía se activó a todo vapor en una intensa investigación que llevó a la captura de un sospechoso, pero es un caso en que la solución del misterio es más intrigante que el propio planteamiento. Porque el arrestado era un joven estudiante de medicina de veinticinco años, Philip Markoff, y ¿por qué un muchacho sano, inteligente, de familia acomodada y con prometedora carrera frente a él se dedicaba en sus horas libres a maltratar, robar y hasta matar mujeres que apenas conocía? Las localizaba en la *Craigslist* de internet, el *Craigslist killer*, lo llama la prensa. “No mata una mosca”, aseguraron su novia y sus compañeros de escuela. Y sí, eso parecía. “Todos los criminales, si los oyes hablar, parecen inocentes”, ponía sobre aviso a una amiga un viejo policía.

¿Cómo es posible que ese joven que, como dicen las abuelas, se veía tan bueno, haya sido un asesino? *Maybe*, como ase-

guro alguien con perfecta seriedad en internet, *everyone has a dark side*. Y la verdad es que cualquier persona puede ser cualquier cosa, un criminal, pero menor, mediocre y timorato, un asesino, no creo, es difícil e improbable, aunque claro no imposible.

El caso es que el muchacho ahora no tiene dinero para pagar a un abogado porque, entre otras cosas, debe el dinero de su beca para estudiar medicina y es, como se sabe, mucho dinero. Iba pagar cuando ejerciera de médico, pero ahora... —

— HUGO HIRIART

RELECTURA LOS AÑOS DE SARTRE

En el arte, en la literatura, supongo que también en la filosofía, lo que sucedió hace cincuenta o sesenta años puede parecer más pasado, más remoto, más añejo que nada. En alguna forma, Miguel de Montaigne, Rabelais, que escribieron hace algunos siglos, son más actuales, más vigentes, que André Gide o Henry de Montherlant, que escribían ayer o antes de ayer. ¿Y Jean-Paul Sartre? Alcancé a divisar a Sartre, con sus anteojos de miope, su traje oscuro cruzado, en una mesa de La Coupole, allá por los años sesenta, antes de mayo del 68, fecha en que fue vapuleado por los estudiantes de La Sorbona, que se habían colocado a la izquierda de todo y que lo ponían todo en tela de juicio, y ahora, de repente, me pregunto si desapareció por completo o si todavía es posible leer algunas de sus páginas. Mi curiosidad surgió después de conocer un conjunto de diarios y apuntes de juventud de Susan Sontag, publicados en forma póstuma por su hijo David Rieff con el título de *Reborn*.

Susan Sontag se formó en California y en Chicago en los mismos años en que nosotros, en el remoto Santiago de Chile, descubríamos a Sartre, a Albert Camus, a William Faulkner, T.S. Eliot y Franz Kafka. Ella, según se desprende de sus apuntes, era decidida, apasionadamente sartreana; sentía que la escritura de Faulkner era vulgar (en contradic-

ción con el propio Sartre), y mostraba un curioso desdén frente a la obra de Camus, a quien consideraba demasiado cortés, equilibrado, racional. Habría que seguirle la pista con mucha atención y saber si al final revisó estas preferencias juveniles. En su más célebre colección de ensayos, *Contra la interpretación*, estas nociones de juventud resultan más bien confirmadas y profundizadas, pero Sontag escribió mucho hasta el final de su vida y dejó textos dispersos en prólogos, revistas, artículos de diarios. El mundo ha cambiado con respecto al autor de *El ser y la nada*, esto es, a Sartre, y al autor de *El mito de Sísifo*, Albert Camus, como ha cambiado con respecto al socialismo real, que parecía imponerse en la década del cincuenta, y a su crítica, entonces más o menos desprestigiada y ahora, desde hace ya un buen rato, recuperada. Podemos releer con placer intelectual y con provecho al Camus de los ensayos políticos y podemos descubrir, incluso, en forma vergonzosamente tardía, al Raymond Aron del *Ensayo sobre las libertades*.

Se plantea, entonces, la pregunta siguiente: ¿podemos leer todavía, o releer, a Jean-Paul Sartre? En otras palabras, ¿tiene algún sentido, en esta etapa del siglo XXI, volver a internarse en los laberintos de *El ser y la nada*, o abrir de nuevo alguna vieja edición de *La náusea* o de *El muro*? Acabo de hacer la experiencia, sin duda interesante, por momentos desconcertante, sorprendente, de tomar una edición francesa de bolsillo de *La nausée* y leerla desde la primera línea hasta la última. Trataré de transmitir una impresión actual de lectura, sin pretensiones críticas, con un intento de fidelidad más o menos elemental. Durante los días de esta lectura recibí una biografía recién aparecida de Luis Martín Santos, autor de *Tiempo de silencio*, fallecido en un accidente de automóvil un año antes de mi primer viaje a Barcelona, en los comienzos de los sesenta. En una larga conversación nocturna, con muchas copas en el cuerpo (como era la costumbre tribal), Santos había jurado que su mayor aspiración en la vida era ser Jean-Paul Sartre. Escúchese bien: ser, no parecer, y como los contertulios conocían la obra filosófica del personaje, la declaración implicaba una provocación,

un desafío de segundo o tercer grado.

Pues bien, paso a dar cuenta de mi lectura actual de *La náusea*. Las famosas páginas sobre la raíz de un castaño vista en una plaza pública, en una ciudad de provincia: sobre su existencia, su resistencia, su inercia, su opacidad, son inquietantes, vibrantes, maestras. Transmiten una sensación de extrañeza y hasta de miedo, como si presagiaran algo nefasto e indefinible. Como fueron publicadas en 1938, uno se pregunta ahora si el joven Sartre no adivinaba la tragedia europea y mundial que se acercaba a pasos agigantados. Los relatos de *El muro*, por lo demás, publicados un año más tarde, recogen con enorme fuerza narrativa los dilemas y hasta la atmósfera de la guerra de España. Había razones tangibles, muy concretas, para sentir miedo, y el Sartre de esos primeros textos conseguía transmitirlos con eficacia literaria sorprendente. En *La náusea*, sobre todo desde la segunda mitad, el miedo flota sobre la ciudad de Bouville; parece que la descripción de cosas y personajes—calles, árboles, bancos de un jardín público, mesones, recintos mal iluminados de una biblioteca municipal, lugares donde se mueven los muñecos del Autodidacta, de un bibliotecario, de una señora gorda—, de una manera imperceptible, tiene un efecto acumulativo y recarga esta impresión. La novela avanza sin la menor prisa, con algo de minucia, con una frialdad clínica que viene de la prosa de Gustave Flaubert (a quien Sartre dedicó su grueso *El idiota de la familia*), y la sensación envolvente, poderosa, va en aumento. Las páginas finales, las del castigo patético del Autodidacta, las de la despedida de Antoine Roquentin, despedida sin mayor sentido, sin motivo mayor, mantienen la impresión de extrañeza, de un absurdo que está en la conciencia y se transmite al paisaje, a la ciudad entera.

Dicho todo esto, no puedo dejar de oponer un reparo importante. Me parece que la idea de personificar a la Náusea, de hacerla aparecer a la vuelta de la esquina, en demasiadas páginas, en calidad de fantasma, de existencia tangible, es artificiosa y no convincente. Cada vez que se menciona la Náusea, o su proyección, o su existencia virtual, el ritmo de



Sartre, tantos años después.

la novela, por lo menos para mi gusto, decae. En resumidas cuentas, pienso que la intención central del Sartre novelista perjudicó el texto novelesco. Llegué a la conclusión de que tener una idea filosófica previa demasiado elaborada acerca de un texto narrativo puede ser un inconveniente en lugar de una ventaja.

Me puse a leer, entonces, con el mayor desparpajo, al Sartre filósofo, y comencé por la tercera parte, “El Para el Otro”, de *El ser y la nada*. Me quedé entre el solipsismo y el acceso interrumpido, cortado, a la conciencia de los demás. Y llegué, aquí, a otra conclusión personal que es un probable o seguro disparate. Pensé que Sartre, al hablar de la conciencia de los otros, de la dificultad o la imposibilidad de entrar en ella, de imaginarla siquiera, hablaba en forma indirecta del novelista y de sus personajes. Al fin y al cabo, vivió obsesionado por esa relación: en Flaubert, en William Faulkner, en Proust, en su propia obra. ¿Escribió un largo tratado filosófico para entenderla, o nos entregó de contrabando, bajo la apariencia de la filosofía, sólidos fragmentos de crítica literaria? Son preguntas que ni siquiera aspiro a responder, pero, a partir de los diarios de Susan Sontag y de algunas noches de relativo insomnio, tengo una respuesta para una cuestión planteada al comienzo: todavía se puede leer al viejo Jean-Paul Sartre de nuestros años juveniles. Al de Roquentin y el patético Autodidacta. Pero sin tomarlo, naturalmente, al pie de la letra. —

—JORGE EDWARDS

ASTROFÍSICA

LA ÉPOCA DORADA DE LA COSMOLOGÍA

No ha habido época más emocionante para los cosmólogos que la actual. Contamos en este momento con una imagen directa y notablemente detallada del universo, tanto en su estado actual como en el que presentaba en tiempos pasados. Esta extraordinaria imagen se ha obtenido gracias a los avances tecnológicos, combinados con ingeniosos —a veces heroicos— proyectos de observación.

Hace poco, en un simulador del Chabot Space & Science Center (www.chabotspace.org), tuve el placer de emprender un viaje virtual que me pareció muy realista —aunque realizado en su mayoría a velocidades mayores que la de la luz— a través del universo. Despegamos de la Tierra y nos dirigimos a la Estación Espacial Internacional para posarnos en el punto actual de su órbita. Al llegar sólo podíamos ver una región oscura que se movía sobre nuestro planeta, pero pronto la estación salió de la sombra de la Tierra hacia la plena luz del Sol. Rápidamente nos condujimos fuera del sistema solar para ver a los planetas en las posiciones correctas que ocupaban justo en el momento del viaje. Después de un breve recorrido alrededor de Saturno y su majestuoso sistema de anillos nos dirigimos a la vecindad solar, impacientes por mirar nuestra galaxia en su totalidad, con todas las estrellas en su posición real, tal como la determinó la misión espacial Hipparcos. De allí nos dirigimos fuera de nuestra galaxia para apreciar el Grupo Local, un conjunto de galaxias unido por la gravedad y dominado por la Vía Láctea y Andrómeda.

A velocidad aún mayor salimos de ahí para encontrarnos con los cúmulos de galaxias. Nuestro punto de vista arbitrario y la velocidad del viaje comenzaban a confundirme: no podía decidir con rapidez si estaba mirando el supercúmulo de Coma, el de Perseo-Piscis o el de la Hidra-Centauro. Guiados por los últimos catastróficos de galaxias, llegamos todavía más lejos, hasta el lími-

te marcado por la mitad del universo observable. Las galaxias presentaban los colores que tendrían si las pudiéramos ver a simple vista. Eran millones; sólo una pequeña fracción de los cien mil millones de galaxias que se calcula que existen, sí, pero la visión que presentaban era de una riqueza tal que no nos privaba de una representación de la trama cósmica en todo su esplendor.

No estábamos viajando sólo a través del espacio, sino también del tiempo. A medida que nos alejamos cada vez más de la Tierra, el tiempo que le lleva a la luz para alcanzarnos es mayor, por lo que la información que recibimos no refleja la edad actual del universo sino una edad menor. Así, cuando observamos los objetos a mayor distancia pudimos observar la evolución cósmica en acción. Fue divertido viajar a la hipervelocidad de la luz y ver todas las galaxias conocidas. Sin embargo, no tardé en pedir que me mostraran el límite del universo, y quizás un poco más allá. El operador me mostró el nuevo mapa del fondo de radiación cósmica, producido tras el análisis de los tres primeros años de operación de la misión espacial Wilkinson, también conocida como WMAP (por las siglas en inglés de Wilkinson Microwave Anisotropy Probe). Entonces pedí que me llevaran al límite mismo; en el camino atravesamos el fondo de radiación cósmica y al volver la mirada vi la esfera en la que está contenido todo el universo observable. ¿Dónde estábamos? Ya habíamos traspasado el horizonte cósmico adonde la luz no ha tenido tiempo de llegar y, si lo que hoy sabemos es correcto, jamás llegará. Pero eso no nos impide preguntarnos qué hay más allá, en esa región inalcanzable para la luz, ni tampoco albergar aún esperanzas de saberlo.

La otra razón por la cual nuestra época es tan emocionante para hacer cosmología es que las observaciones que mencioné, pasadas por el tamiz del razonamiento —y, en ocasiones, auxiliadas por momentos brillantes de inspiración—, nos han permitido formular un modelo elegante y cuantitativo del universo, que nos ayuda a explicar su origen y evolución. Nuestro modelo reproduce con gran precisión todo lo que observamos en

la historia del universo, incluyendo todo lo que vi en mi viaje virtual. Contamos con las observaciones más precisas del universo en sus etapas iniciales, gracias al estudio del fondo de radiación cósmica, y esperamos mejorar aún más nuestro modelo después del exitoso lanzamiento, el pasado 14 de mayo, de la misión espacial Planck, de la Agencia Espacial Europea. Planck observará los ecos de un universo aún más joven que el visto por WMAP. También existen planes para realizar catastros de galaxias cada vez más completos, que permitan observar el universo usando la gravedad como telescopio: la luz se desvía alrededor de los objetos masivos formando las llamadas lentes gravitacionales, y este efecto nos permitirá ver estructuras como los cúmulos de galaxias que al momento de formarse apenas distorsionan la trama cósmica. Cada uno de estos proyectos nos brindará nuevas imágenes y por tanto nueva información sobre la historia general del universo.

Pero el asunto no termina allí: nuestro modelo necesita, de manera directa o indirecta, la inclusión de nuevas herramientas de la física, principalmente cuatro novedosos ingredientes:

1) La materia oscura, necesaria para garantizar que tanto los cúmulos como las galaxias mismas puedan formarse, sin la cual los cúmulos de galaxias ya se habrían dispersado. Se trata de una nueva y muy rara clase de materia, que no se parece en nada a las clases que conocemos. La llamamos oscura porque no interactúa de manera electromagnética con la luz y porque parece que su única manifestación es gravitacional. No obstante, es justo por eso que se necesita en grandes cantidades para formar las estructuras que pueblan el universo.

2) La inflación, el proceso físico que toma una parcela del espacio-tiempo y la expande (sin perder sus atributos) a una escala que probablemente es mayor que nuestro universo observable, incluyendo las más pequeñas fluctuaciones que descubrimos con el radiómetro de microondas diferencial a bordo del satélite COBE (Cosmic Background Explorer); estas fluctuaciones son las semillas para la formación de los cúmu-

los de galaxias que encontramos en nuestro entorno cósmico cercano.

3) La energía oscura, un ingrediente aún más exótico que la materia oscura y que empleamos para cuadrar el inventario energético del universo y explicar la aceleración en la tasa de expansión que se ha detectado recientemente.

4) La bariogénesis, el proceso físico que explica el dominio de la materia sobre la antimateria. Tenemos buenas razones para creer que en las etapas iniciales del universo la proporciones de materia y antimateria eran iguales.

Si mezclamos estos cuatro ingredientes usando la receta más simple —es decir, incluyéndolos como condiciones iniciales o como integrantes de modelos numéricos o analíticos que incluyan la expansión del universo y la formación de estructuras cósmicas como las galaxias o los cúmulos de galaxias—, entonces podemos reproducir el universo observable con una precisión aproximada al uno por ciento. Por ello, la época de oro de la cosmología también se conoce como la época de la cosmología de alta precisión.

Hay otros ingredientes que no se consideran de manera explícita pero que sospechamos que son válidos. Por ejemplo, trabajamos con un universo restringido a sólo tres grandes dimensiones espaciales y una temporal, aun cuando sabemos que más dimensiones son posibles y que incluso pueden ser necesarias. También nos conformamos con las cuatro fuerzas fundamentales: las fuerzas “débil” y “fuerte” que actúan a escala subatómica y las fuerzas “electromagnética” y de “gravedad” que actúan a escala macroscópica, aun cuando hay oportunidad de incluir toda una gama de nuevas fuerzas. Asimismo, podemos añadir otros vestigios de épocas aún más tempranas.

El gran éxito de nuestro modelo cosmológico estándar también acarrea consecuencias enigmáticas y nuevas preguntas que aún no podemos contestar. Para empezar, la observación de la energía oscura demuestra que las teorías aceptadas sobre partículas y la gravedad están incompletas, si no es que erradas. Esto lleva a plantear varias cosas. ¿De qué se compone el lado oscuro del universo? ¿Cuál es el proceso detallado que

da origen a las fluctuaciones cósmicas? ¿Es la gravedad una manifestación pura de la geometría de la forma en que la concibió Einstein, o tenemos que considerar otros elementos como componentes escalares o más dimensiones? Para responder a estos retos se ha iniciado la más grande aventura experimental. Este esfuerzo interdisciplinario inevitablemente desplazará en las próximas décadas las fronteras de la investigación en astrofísica y física fundamental. Así, la cosmología ofrece un nuevo laboratorio para poner a prueba las teorías fundamentales —tanto las canónicas como las más exóticas— a escalas que de otra forma no serían accesibles.

La cosmología actual está llena de oportunidades. Contamos con preguntas fundamentales bien definidas que necesitan resolverse y con nuevas observaciones para guiarnos en nuestra búsqueda. A partir de los resultados que obtendremos en los próximos años con la misión Planck podremos aprender mucho sobre la inflación; de igual forma, esperamos desenmascarar la naturaleza de la materia oscura en el laboratorio con el nuevo Large Hadron Collider, el acelerador de partículas más grande del mundo, que pronto comenzará a funcionar de manera regular. La observación nos enseñará asimismo cosas nuevas sobre las multidimensiones. En suma, buscamos —y fomentamos— la creación de nuevos conceptos para la comprensión del universo. En el camino, dichos conceptos tendrán que pasar —como el proverbial camello por el ojo de la aguja— por un escrutinio preciso: concordar con las múltiples observaciones de alta precisión y brindar una visión completa y eficaz de nuestro modelo cosmológico actual.

Esta es la clave de la cosmología moderna, que está en florecimiento pleno y emocionante. Esta es la consecuencia natural —así como la culminación— del sendero por el cual Galileo emprendió el andar hace cuatro siglos, convencido de que “la verdad es el destino para el cual fuimos hechos”.

— GEORGE SMOOT

*Traducción de Omar López-Cruz
y Pablo Martínez Lozada*

LITERATURA

EL ESCRITOR DE LAS CLASES MEDIAS

Los características definieron a Mario Benedetti (1920-2009). La primera: fue un escritor de (y para) las clases medias. La segunda: fue un escritor al que el compromiso ideológico malherió. Las consecuencias de tales características fueron también dobles. Por un lado, se precipitó su difusión entre un público sociológicamente fincado en esos sectores en los que se sitúan las amas de casa, las profesiones “liberales” (los dentistas, los escribanos, las burocracias), los estudiantes de bachillerato, acaso algún deportista y también ciertos revolucionarios sentimentales. Por otro, sucumbió su espíritu literario a una prosa de catequesis y a una superficial eficacia emotiva que destituyeron la reflexión crítica y abrieron camino a un sistema de complicidades.

Bautizarlo a Benedetti, como se hizo y se continúa haciendo, como escritor popular es una inexactitud más de estos tiempos inexactos. Desde sus primeros cuentos y poemas, aparecidos en la década de los cincuenta, él apuntó (y apostó) por retratar la arqueología de unas clases medias a las que pertenecía por sus orígenes familiares y que conformaban mayoritariamente a la sociedad uruguaya de su época. Unas clases medias que, en estas tierras transatlánticas que habían acogido a sus ascendentes europeos de mejor o peor manera, y ya aupadas a un proceso nacional que en las posguerras conociera cierto grado de satisfacción y autoestima, comenzaban a indagar sobre sí mismas y buscaban respuestas a inquietudes que la extendida “instrucción pública” había sembrado entre ellas. Unas clases medias, por fin, que en este imaginario literario representaban un mundo estrecho, escuálido, sin elevación, y de ninguna manera un mundo liberador, fértil, con capacidad de futuro. Ellas, por ejemplo, y en este contexto particular, no constituirían unas capas sociales que parirían el reino de la institucionalidad democrática sino que alimentarían (o consentirían en alimentar) un remedo meramente retórico.

Benedetti no escribió sobre los obreros, los desclasados, los marginados, y tampoco sobre los peones del campo, los carpinteros, los estibadores del puerto de Montevideo. No. Escribió sobre los esposos culposos, los empleados de las oficinas, los viudos más o menos acomodados, los señorones enriquecidos, los muchachos dizque avispados. Son las suyas, en casi todos los casos, almas rutinarias, seres cercanos a la derrota, hombres y mujeres con resentimientos y odios y cóleras y algún gesto repentino que se quisiera redentor; para resumir: vecinos de a pie que a duras penas poseen una dosis de confianza con la que puedan envalentonarse o engañar a sus prójimos. Algo asoma, en ciertas novelas de Benedetti, de una arquitectura psicológica tensa que replica el enfrentamiento entre padres e hijos y las relaciones entre las generaciones.

Una mentalidad de espesa clase media es la que se expone en estas páginas. Una mentalidad que, según el propio escritor y varios de sus compañeros de generación (la “generación del 45”, de acuerdo con Emir Rodríguez Monegal), estaba destinada a un fracaso a dos puntas: quienes padecían esa mentalidad eran, en efecto, unos espíritus irremisibles y condenados a la monotonía y ciudadanos de un país que parecía mostrar demasiadas resquebrajaduras psicológicas y sociales. ¿Tacita de Plata? ¿Suiza de América? ¿Éxito de un modelo socialdemócrata visionario? Las etiquetas triunfalistas que se aireaban empezaban a ser cuestionadas, como si históricamente se hubiera arado en las aguas de un río grande como mar de lechos arenosos y sin verdadera profundidad de calado. Si en sus primeros libros (*Poemas de la oficina*, *Montevideanos*, *El país de la cola de paja*) Benedetti hizo hincapié en una sociedad opaca y vulgar y cortejó una realidad grosera y burocrática como señas de identidad del Uruguay (y, más que del Uruguay, de Montevideo, la capital monopólica: la dinámica urbanizadora así lo imponía), en los títulos que aparecerán más tarde, a partir de los setenta (*El cumpleaños de Juan Ángel*, sobre todo), elegirá como baluarte sociológico a unos estudiantes indignados que harán suya una esperanza de cambio político envuelta en el mesianismo izquierdista

y en las banderas de la revolución socialista, y que encontraba sus fuentes inspiradoras en una gesta cubana ya en esas fechas muy devaluada. En un paso más en esta dirección, Benedetti, justamente en *El cumpleaños de Juan Ángel*, llegaría de algún modo a alentar la inmólación de los jóvenes en el altar de la acción directa revolucionaria.

Este trayecto de Benedetti se formó y se configuró en ancas del “compromiso” de orígenes sartreanos que tanto estrago causó entre los intelectuales de América Latina. Así, y en tránsitos sucesivos, él fundó el Movimiento Independiente 26 de Marzo, de estrechas simpatías hacia la guerrilla tupamara y de posiciones políticas extremosas; viajó varias veces a La Habana y allí ayudó a prestigiar la Casa de las Américas y anudar en ella un criterio cultural intolerante con las divergencias de adentro y de afuera; no se adhirió, como lo hicieron algunos de sus amigos escritores, a las denuncias que se formularon acerca de la persecución y la censura a los intelectuales propios y ajenos; en este sentido, hasta hizo una cuestión de principio personal el mantenerse fiel a una causa que estimaba incanjeable. Una constancia que, en este caso, es oportuno precisar: cuando Benedetti se exilió residió por lapsos breves en Argentina y en Perú y apenas un año en su exaltada Cuba para luego elegir afincarse en Madrid hasta el final de la dictadura militar y la reconquista del régimen democrático.

Dije al principio de estas líneas que la militancia ideológica de Benedetti lo malherió. Es algo que no discernen quienes se empeñan en no desear discernirlo. En sus comienzos como escritor desplegó una suerte de vocación intelectual abierta: fue crítico literario y teatral, humorista, creador de una revista (*Número*) de relevancia en el desarrollo de la cultura uruguaya, publicó algunos ensayos (sobre la novela, sobre Marcel Proust) que revelaban el trabajo de una inteligencia esforzada. *Quién de nosotros* (1953), *La tregua* (1960), *Gracias por el fuego* (1965) fueron obras también esforzadas. Ciertamente, no apuntaron alto en sus pretensiones estéticas pero comparecía en ellas una preocupación por subirse a ese movimiento renovador que amanecía entonces y que a poco andar entregaría



Mario Benedetti o las trampas de la militancia política.

los mejores resultados del *boom* literario latinoamericano.

Hay que repetir —porque ello conlleva una carga ética y estética— que en los trazos del itinerario de Benedetti alienta y manda un argumento central que ambiguamente ejerció como acicate para la empatía entre el escritor y su gran público de clases medias y que, a su vez, lo llevó al derrocamiento del anhelo estimativo. Ese argumento central fue el de la instauración deliberada de un mimetismo entre la realidad triste que se quiere describir y el estilo literario que también triste la anima. Una confusión imperdonable y, en términos artísticos, costosísima. —

— DANUBIO TORRES FIERRO

ECUADOR

¿VICTORIA AGRIDULCE?

Luego de un proceso electoral marcado por la certeza anticipada de su resultado, el pasado 26 de abril Rafael Correa obtuvo holgadamente su reelección (52% de los votos válidos) en los comicios generales celebrados en Ecuador bajo el marco de la nueva Constitución. El indudable carisma del mandatario y el enfoque clientelar de su gestión, junto con las ventajas que disfrutó gracias a la indiscriminada utilización proselitista del aparato estatal y la obsecuencia de la autoridad electoral que no pudo —o no quiso— impedir las violaciones del presidente-candidato a la normatividad de campaña, explican en gran medida el resultado. Y, por supuesto, la oposición también contribuyó. Sin aprender de los errores y aciertos de su

homóloga venezolana para combatir al régimen chavista, de cuyo libreto Correa ha sido alumno privilegiado, la oposición ecuatoriana apareció fragmentada, presentando la risible cifra de siete candidaturas presidenciales.

Ante semejante escenario, el resultado no causó sorpresas. Sí lo hizo la votación alcanzada por el ex presidente Lucio Gutiérrez, quien, luego de haber sido derrocado popularmente hace apenas cuatro años, alcanzó una votación cercana al 30%, que, reflejó el “voto rechazo” de una parte importante del electorado que se aglutinó a última hora en torno al candidato que, independientemente de sus virtudes o propuestas, mayores posibilidades tenía de forzar un balotaje.

Por ello, si bien la victoria de Correa fue incontrovertible, no ha estado exenta de sinsabores. Al considerar los votos por la opción nulo y blanco, el presidente obtuvo sólo el 45% de los sufragios totales, es decir, más de la mitad del electorado se manifestó en contra de su continuidad, lo que representa una drástica reducción en el respaldo que había alcanzado en los anteriores tres procesos electorales que impulsó durante los 28 meses que lleva en el poder. Adicionalmente, es posible que el oficialismo no cuente con mayoría en la Asamblea Nacional, lo que supondría un duro golpe para avanzar en su proyecto político. Para terminar de aguar el elixir triunfalista del mandatario, se han presentado múltiples irregularidades en el escrutinio, lo que no sólo ha generado una inusitada y sospechosa demora en el conteo de votos para asambleístas y autoridades locales, sino también denuncias de fraude.

La gestión de Correa se ha caracterizado por el significativo incremento en los recursos destinados a programas sociales. En un país en el que las causas en favor de los más pobres habían sido injustificadamente relegadas, este tipo de acciones, se han traducido en sólido apoyo popular para el presidente. Sin embargo, su estilo notoriamente autoritario, la intimidación hacia quienes disienten, la coerción hacia los medios de comunicación y el control casi absoluto de todos los poderes y órganos del Estado han configurado un entorno poco

democrático que ni siquiera los repetidos procesos electorales han logrado subsanar, todo lo cual le estaría empezando a pasar factura al mandatario.

Por otra parte, el gobierno ha basado su política económica en un descontrolado aumento del gasto público, gracias a los recursos de la bonanza petrolera que el país disfrutó hasta hace algunos meses y al agotamiento de los fondos de reserva que heredó de la administración anterior. Al mismo tiempo, se adoptaron acciones que generaron inseguridad jurídica, lo que, unido a la ausencia de estímulos a la productividad, ha generado una importante reducción en los niveles de inversión privada. Todo ello provocó que el crecimiento de la economía sea detonado fundamentalmente por el sector público, lo cual, como la historia se ha encargado de demostrar en múltiples ocasiones, no es sostenible con el tiempo. Ahora que los precios del petróleo han bajado, la economía ecuatoriana se ha estrellado con la realidad, la reserva monetaria ha disminuido a niveles alarmantes y el sistema de dolarización, elemento clave de estabilidad y ampliamente favorecido por la población, se ha puesto en riesgo. En síntesis, el ejercicio económico careció de consideraciones de largo plazo y se enfocó a lograr réditos sociales inmediatos para satisfacer las reiteradas necesidades de campaña, descuidando el futuro con fines electorales.

Correa logró maquillar las dificultades económicas hasta la celebración de las elecciones, pero aquello no podrá durar mucho tiempo. En su nuevo periodo deberá, por primera vez desde que llegó al poder, gobernar sin tener en el horizonte próximo un proceso electoral que sirva como distractor ni contar con abundantes recursos fiscales. Ese es el contexto en que enfrentará el enorme reto de una economía en aprietos. Contrario a lo que la lógica sugeriría, no ha anunciado correctivos, y más bien ha prometido, al igual que su mentor venezolano, una “radicalización del socialismo del siglo XXI”. Quizás ignore que su popularidad va en caída y que tres de sus antecesores en los últimos trece años fueron echados del poder por esa razón. —

— MAURICIO RODAS ESPINEL



MAPAS

OTRA CARTOGRAFÍA

Arno Peters, cartógrafo berlinés, fue cuando menos un tipo vigoroso: diseñó un sistema de escritura musical que aprovechaba los colores para diferenciar las notas; propuso una línea de tiempo donde cada siglo, desde el xxx a.C. hasta nuestros días, abarca idéntico espacio independientemente de lo que en este ocurriera; también cofundó el Instituto para la Historia Universal de Bremen; y cultivó fama mundial al publicar, en 1974, el polémico mapa que lleva su nombre.

Durante su vida, Peters señaló las implicaciones políticas del mapeo, una actividad impregnada, según él, de la dinámica de poder. De acuerdo con Peters, el mapamundi al que estamos acostumbrados —común en atlas escolares y adoptado por Google Earth—, llamado Mapa Mercator, representa de modo injusto el tamaño de ciertos países, sobre todo de los subdesarrollados. Gerardus Mercator, su creador, lo publicó en 1569, y desde entonces es la guía utilizada por los navegantes dada su representación acertada de las formas continentales y, por ello, de las líneas de travesía. Sin embargo, dicho mapa aumenta la escala de los objetos hacia los polos (por regla general, naciones desarrolladas) y achica los que están en torno al Ecuador (casi siempre países pobres).

Esta deficiencia del Mapa Mercator es notoria en el “problema de Groenlandia”, consistente en que dicha isla

aparenta ser del mismo tamaño que África, pero este continente es catorce veces más grande.

Peters aboga por un espejo realista que sea imparcial y justo al tiempo de reflejarnos. Por eso su proyección —una de las imágenes más debatidas de la cartografía, e incluso del mundo— surge en contraposición al Mapa Mercator, y se precia de representar acertadamente el área de cada país sin reparar en su PIB, su poder militar o su influencia cultural —ni tampoco, ay, en las necesidades de navegación—, por lo que se ha convertido en bandera del pensamiento de izquierda: este mapa condensa una lucha social que exige equidad en el retrato del mundo, y resulta tan cautivante que ha vendido, a la fecha, más de ochenta millones de copias.

No obstante esto, el mundo de la cartografía —celoso de su antiguo y maravilloso oficio, que es mitad lírico y mitad técnico, como la literatura— se opuso tajantemente al éxito de Peters, y surgieron en torno a su proyección diversas polémicas. Miembros del *establishment* cartográfico argumentaron que la Proyección Peters respetaba el tamaño, mas no la forma; que no era ninguna novedad, pues ya existían, de entre los más de mil cien mapamundis sobrevivientes de la historia, otros precisos en materia de área; también acusaron a Peters de plagio, ya que no existían diferencias sustantivas entre su proyección y otra precedente, publicada sin éxito en 1855 por James Gall, un clérigo escocés. Esta última denuncia fue fortalecida, según algunos, por el hecho de

que Peters cedió el proyecto a cierto cartógrafo con credenciales suficientes para lidiar con los tecnicismos, que afligían al autor. Cierto o falso, la Proyección Peters provocó un rico afluyente de ideas acerca del hecho de cómo nos miramos.

Para neutralizar la polémica, siete agrupaciones geográficas de Estados Unidos publicaron un texto en 1989 y 1990. En este argüían que no existen mapas perfectos; que ninguno puede librar el dilema de representar de modo correcto tamaño y forma; que la distorsión es un requisito natural cuando se trata de reproducir el orbe —esférico, tridimensional— en un papel plano; que la imitación más fidedigna de la Tierra es un globo terráqueo; y, por último, aseveraban que ninguna proyección cilíndrica, incluida tanto la de Mercator como la de Peters, evita los problemas intrínsecos del mapeo.

Los sabios que firmaron el documento intuían algo: que a veces la distorsión es el modo correcto de representar las cosas. Si pensamos en los mapas como mensajes, entenderemos que interpretan la realidad y la reproducen de acuerdo con ciertas necesidades y limitaciones: qué incluir, qué dejar fuera, qué mostrar en un lugar ligeramente alterado, ese es el oficio del cartógrafo, símil directo del escritor. El mapa del Metro de la ciudad de México, por ejemplo, no respeta con precisión la escala, ni los giros, ni las distancias, pero sí el orden de las estaciones, con lo que cumple su propósito. Por ello los mapas no son correctos ni incorrectos: sólo tienen ventajas o desventajas, son adecuados para algo o significativos para cierta audiencia.

La Proyección Robinson, adoptada en 1988 por la National Geographic Society, no preserva las proporciones (como el Mapa Mercator) ni el área (como la Proyección Peters), y abandona ambas trincheras en favor de un compromiso, lo que resulta en una mejor visión de conjunto. Aunque no es válida para navegar o para medir áreas, fúnga —y muy bien— como espejo: sirve para mirarnos de modo fiel. Y eso, hay que decirlo, resulta tremendamente estimulante. —

— JORGE DEGETAU